

LA PROPUESTA

Aún antes de haber cumplido los veinte años llegó a conformar, pacientemente, algunas ideas no desdeñables que lo perseguían y agitaban en las interminables noches. No es fácil recordar ahora los múltiples matices de las preocupaciones políticas que se tejían entonces en esas tierras. El vislumbraba un programa de acción osado y original, apelaba a corrientes contrapuestas, pretendía remozar un agotado movimiento con las concepciones del mundo que -precisamente- amenazaban con destruirlo. Su juventud, pero también la implacable atmósfera de la ciudad en que vivía, lo predisponían a la violencia rectilínea de los extremismos.

Esbozó esos gigantescos proyectos a sus dispares amigos, a sus camaradas y compañeros de lucha. Cada uno avanzó, de un modo previsible, los argumentos que sin imaginación se repetían a diario; cada uno también -en tabernas, aulas o escondites insólitos- alcanzó a mostrarle su convicción profunda. Durante todo un inacabable verano se sintió como el dueño de la verdad futura, como el taumaturgo que posee el conocimiento de las exactas proporciones en que hay que combinar hierbas corrientes para que de ellas surja una poción milagrosa.

Meses más tarde comprendió por fin que estaba condenado a la derrota: muchos lo oían y se sentían impresionados por la perfecta lucidez de su proyecto, pero nadie parecía dispuesto a seguirlo. Su palabra cautivaba durante algún momento, pero su persona era en verdad insuficiente para lograr las adhesiones y los vínculos que sólo suelen recibir los maestros. Era muy joven, además, y él ni siquiera lo sabía.

Luego, rápidamente, sucedieron muchas cosas. Se enamoró, lo persiguieron por sus pensamientos, fue llevado -sin dolor- al exilio. Conoció a Sandra, que no era dulce pero sí romántica, una tarde plena de tristeza, cuando lo inundaba el vigor oculto que proporciona casi siempre la soledad. Ella lo acompañó en sus desventuras aunque se asustó vagamente de sus audaces ideas. En semanas febriles alternó el amor con la laboriosa redacción de un manuscrito, que corregía insaciablemente, buscando la pulida precisión que tanto valoraba. El opúsculo, grandilocuente, de tonos casi épicos, se difundió en unos pocos centenares de copias. Nunca pudo conocer el verdadero efecto que quizás produjeron esas páginas ni la lista de sus apáticos lectores. Pero comprobó que había llegado también hasta las manos de la policía política. Fue encarcelado brevemente, hostilizado de modo sutil, forzado casi a tomar irrevocables decisiones. Porque nadie apoyaba sus desmesuradas propuestas, pero la vigilancia de la autoridad llegaba inclemente a su persona. El castigo, en propiedad, correspondía más a la intención que a la magnitud misma de la falta.

Por eso, finalmente, aprovechando una favorable suma de pequeñas circunstancias, partió una mañana hacia el impensable mundo que había más allá de las fronteras, al país de Sandra. Ella regresaba, expectante y dichosa, reclamada por imprecisas obligaciones familiares,

ofreciéndole su confianza y su hospitalaria acogida. Sin vacilar, sólo con la irrealidad que es propia de las despedidas, se encaminó hacia el avión que lo aguardaba.

Seis años, íntegramente, pasó en la ciudad aquella que nunca pudo amar. Lejos del mar, en la lentitud de los días, vio cómo se desdibujaba en su memoria el registro de los nombres y de los rostros, de las simbólicas palabras y las acciones pasadas. Había desaparecido la tensa voluntad de lucha que poseyera en otras épocas, su convicción de que era él el llamado a mostrar un camino salvador que alteraría el curso de las cosas. Se había amortiguado la pasión que sintiera en aquellos días previos a la partida; ahora Sandra, una mujer desconocida, pertenecía a su arcaica familia, a un pasado impreciso y no a sus sueños. No le costó, por eso, emigrar otra vez. Se fue solo, sin las esperanzas alborozadas de otro tiempo, pero ya más firme y seguro de sí, hacia un horizonte sosegado por las lentas convicciones que elaboraba en silencio.

Había desplazado a Mao Tse-Tung por la electrónica y al "Che" Guevara por el álgebra de Boole, pero tal vez en esto no radicaba lo importante. Sucedió que ahora comenzaba a aceptar de otro modo al mundo circundante, a percibirlo en cierta forma como parte de sí mismo, acogiendo su mayor responsabilidad en las acciones cotidianas y distanciándose de los anhelos de gloria que antes lo poseyeran.

Ya en Europa, reconstruyó los ritmos inevitables de la existencia: trazó los ciclos diarios y semanales que a todos nos conciernen, fue dibujando metas, aprendiendo que en muchos idiomas laboriosamente los hombres podemos no entendernos. Las noticias de su país, ahora remoto, llegaban filtradas por mil distorsionantes alambiques, raramente, en esos rincones del periódico que casi nadie lee. Las cartas de su madre, rigurosamente apolíticas, sólo añadían más sombras a los contornos de una realidad que se desvanecía. La nostalgia le llegaba a veces de improviso al sentir un aroma familiar, al escuchar de nuevo una palabra olvidada. Pero no era intensa, ni duradera, ni capaz de alterar en verdad el sentido de sus días.

Fue una incidental combinación de irrelevantes hechos la que le obligó a pasar, tiempo después, durante una gira de trabajo, tres días con sus noches en la ciudad de Panamá. En el calor húmedo de una tarde tuvo la tentación de regresar a las siestas que honraran su adolescencia. Recogió algunos periódicos en el *lobby* del hotel y subió a la habitación, desdeñando las ofertas de excursiones que preveía insípidas. Allí, a punto de dormirse, comenzó su asombro.

Se trataba de Farrar, un joven dirigente estudiantil que conociera en aquel brumoso tiempo que parecía no haber existido nunca. El cable, lacónicamente, exponía los datos:

GUAPAN, 14 (AP) - Tropas del ejército encabezadas por tanques fueron desplazadas hoy al norte del río Mercedes para enfrentar la insurrección que, desde hace 19 meses, sostiene el EPC (Ejército Popular Combatiente) que dirige Romualdo Farrar. El propio General Jacinto Santos, que dirige personalmente las operaciones, se mostró confiado en el éxito de la operación, la tercera que se emprende en diez semanas. Otras fuentes del ejército, que prefirieron no identificarse, mostraron mayor escepticismo ante la nueva

iniciativa, haciendo notar que los insurgentes habían ganado mucho terreno en los últimos meses y que contaban con fuerte respaldo entre los campesinos.

Entretanto un nuevo comunicado del EPC difundido por la emisora de televisión que éste posee en plena selva, mostró la imagen de Farrar, que dijo: "Ya no falta mucho para que entremos triunfantes en la capital. El pueblo entero pide el cumplimiento de los 6 puntos de nuestro programa revolucionario." El primero de esos puntos se refiere a la ejecución del Gral. Santos y de tres de sus ministros.

Sorprendido e incómodo, ahora tenso y sin sueño, se dirigió con método hacia la información disponible. El pasado regresaba en imprevistas oleadas desde los diarios y los noticieros, se plasmaba en imágenes que le parecían absurdas, iba adquiriendo poco a poco una forma tenaz y alarmante. Despojándose de su carácter de obligado turista regresó a las rutinarias acciones de los estudiantes. Rebuscó en hemerotecas precarias, estableció fugaces entrevistas, tomó notas apresuradas y sinópticas. En dos días recuperó ese fragmento de historia que obstinadamente no había podido revelársele, descubriendo el contingente encadenamiento de circunstancias que había llevado a su país a la guerra civil. Más aún, y esto era lo que verdaderamente lo admiraba y perturbaba, estableció que los escuetos seis puntos del programa de Farrar eran una impensable síntesis de aquello que él mismo propusiera, en el confín de su adolescencia, en páginas cargadas de sentimentalismo y desbordante rebeldía.

El hecho, sin duda inesperado, añadía complejidad a sus ya confusos sentimientos, todavía no depurados de la sorpresa inicial, y se bifurcaba en preguntas que hubiese preferido no formularse. Había, en primer lugar, un problema ideológico, una definición largamente demorada que debía tomar: durante sus años de estudios e investigaciones había puesto a un lado, discretamente, todas aquellas opiniones y convicciones por las que tan duramente luchara en otro tiempo, sin abjurar de ellas, pero distanciándose gradualmente de un modo de concebir el mundo que iba sintiendo como ajeno. Escasamente había pensado en cualquier tema político durante mucho tiempo y entendía, como cosa natural, que había cambiado; pero no era capaz de expresar con coherencia un juicio sobre esos temas, porque en su mente las ideas parecían coexistir en desorden, como una colección de dispares objetos abandonados en un rincón que nunca se visita. La transfigurada imagen de Farrar y los míticos seis puntos hacían que ahora emergiese un problema, y un problema también personal, donde tan sólo habían existido perezosas reflexiones laterales, intermitentes, inconclusas.

Este fue el primer choque, el contacto original y salvaje con un pasado que volvía hacia él con la brutalidad que tiene siempre lo inesperado. La trama de sus trabajos y sus días, otra vez en Europa, lo absolvió brevemente de las angustias que, poco a poco, se afirmaban en sus noches. Pero no pudo combatir con éxito contra todo aquello, no pudo reconstituir un mundo donde el conocimiento recién adquirido se borrara, como tantos otros.

Porque su curiosidad, como una fuerza que no pudiera controlarse, lo acosaba inoportuna y persistentemente. Compraba ávidamente todos los días dos periódicos diferentes, a través de los cuales cobraba forma, con lentitud, la cruel batalla que se libraba en su país. Escribía cartas repletas de interrogantes a personas que no recordaba bien pero que sobrevivían a los azares de las libretas de teléfonos; hasta tenía un mapa, sobre el que se afanaba por trazar las móviles fronteras de ese vertiginoso frente. Pero todo esto lo hacía en forma casi subrepticia,

como escondiéndose de sí mismo, sin frecuentar los escasos lugares en que se solían reunir - lo sabía- algunos de sus compatriotas.

La despiadada matanza, allá lejos, continuaba. Farrar, creía recordarlo, no había sido un hombre duro, sino un agitador volátil y hasta un poco presuntuoso, algo teatral y confuso, hábil en el juego de la pequeña política, con un olfato seguro para el poder. Algo totalmente distinto (pero él era también otra persona ahora) algo infinitamente más inocente que los automóviles que estallaban repletos de explosivos en las ciudades atónitas, las tensas caravanas de refugiados, las aldeas en llamas. Con respecto al General Santos, en cambio, todo seguía como siempre, idéntico en la repetición de charreteras y discursos, en los asesinatos nocturnos y las delaciones organizadas, en la rapacidad y el terror. No tenía siquiera el hálito patriarcal de ese otro predecesor algo lejano, del hombre de bigotes esponjosos cuyo infaltable retrato parecía adherido a los recuerdos de su niñez.

A pesar de su búsqueda impaciente las cartas no llegaban. Quizás no hubiera entonces quien las escribiera, o simplemente sucedía que se demoraban en algún edificio ruinoso, desatendidas por gente que tenía preocupaciones mucho más apremiantes; ni su madre escribía.

Una guerra civil impone siempre una terrible disyuntiva que ni el pacifismo ni las equilibradas reflexiones permiten superar. Los bandos trazan encarnizadamente letales líneas divisorias. El, tan distante, no alcanzaba a situarlas con precisión. No podía recorrer el camino que los otros, tal vez sus camaradas, habían seguido pacientemente en años de desesperación. No sabía en verdad ni quiénes eran. La imagen del déspota le continuaba resultando repulsiva, pero le aterraban también los inmisericordes ecos de la lucha. Todavía pensó, sin embargo, que esa gente desangraba al país por una causa noble: ¿no había escrito él mismo, acaso, un documento que era el arcaico preanuncio de la revolución inevitable?

Pero era todo como un sueño. A veces, en esas semanas de ansiedad, se disponía ya para el retorno: se imaginaba como un mítico fundador del movimiento guerrillero, resucitado desde las cenizas de la historia; o tal vez de otro modo, más calmo, más acorde con lo que era él en el presente: como un espectador que observa el combate a prudente distancia sin revelar su identidad, encerrando un secreto trivial y sin embargo trascendente. En otros momentos, cada vez menos frecuentes, se encerraba en el frenesí acogedor de su trabajo. El insomnio y la sensación de catástrofe inminente lo perseguían con tenacidad.

Por fin llegaron noticias de su madre. No era una carta, ni una impensable llamada telefónica, sino un lacónico telegrama que trajo un mensajero en las postrimerías de una tarde lluviosa. **NECESITO VISADO Y DINERO PASAJE. URGENTE VIAJAR ALLA. BESOS. MAMA.** Requirió un adelanto de sus vacaciones y más de una semana de complicadas gestiones para que al fin se concretara el momento deseado: ella, pequeña y delgada, apareciendo desde el populoso corredor para encaminarse hacia la ritual taquilla de inmigración. Y aun en la confusión de los abrazos y las primeras palabras él tuvo la capacidad para distinguir otro rostro, aunque no la exacta memoria para identificarlo. Hizo, por sobre el frágil cuerpo de su madre, un vago gesto de reconocimiento que el otro un instante después correspondió con asombro. Era Zamora.

Siguió una noche febril, en la que en vano pidió a Doña Eduvigis una semblanza del combate lejano. Ella no era mujer de abstracciones. Se felicitaba continuamente por estar allí, libre de los terrores de las noches cruzadas de disparos, a salvo aunque añorando su patio y sus quehaceres. Dio parsimoniosa relación de tantos muertos y desaparecidos, de la escasez de alimentos, del salvajismo de las mutuas represalias. Evocó anécdotas que se le iban haciendo irreales a medida que pronunciaba las palabras, sentada en medio de lo que le parecía el lujo, viendo por todas partes las señales de un medio claramente extraño. Extenuada, por fin, se atrevió a revivir las insensatas pesadillas de siempre.

El veló su sueño mientras se repetía en cigarrillos y preguntas, entendiendo sin perplejidad que los resúmenes y las noticias sólo podían dar cuenta de algunas pocas aristas de la realidad, dolorido, adivinando que ya no había un razonable retorno posible. Después del desayuno se encontró con Zamora.

Había cambiado mucho, por supuesto, y exhibía la resignación y el desconcierto de los migrantes forzosos. Durante unos minutos se mostró más interesado en explorar los riesgos y las promesas de su nueva situación, evadiendo el registro de los hirientes recuerdos. Pero él por fin cesó de responderle y se encaró crudamente con el interrogante crucial:

-Zamora, por favor, yo luego voy a explicarte todo. Pero ahora, dime, ¿qué fue lo que pasó? ¿Qué hiciste tú, por qué estás aquí?

Los ojos oscuros de Zamora parecieron retroceder, mientras se mantenía en silencio por algunos instantes. Luego, gravemente, comenzó su relato. No fue una historia satisfecha, coloreada por sucesos brutales o imprevistos, sino algo más meditado, más íntimo y más triste. Habló de sus primeras lealtades -que él conocía tan bien- de los años en que se conformaba la lucha y había que eludir las continuas requisas policiales. Luego mencionó a Farrar, el menos agudo, el que nunca había llegado a comportarse como un auténtico dirigente o el más valiente de sus pares. Zamora había llegado una mañana fría y transparente a la laguna de Guanó, en la húmeda región del Mercedes, para sumarse al escueto grupo de hombres y mujeres que combatían en los montes. Pero no había estado mucho tiempo. Más allá de las habituales semanas de adaptación a un medio tan diferente al de su ciudad natal, habían ocurrido otros problemas. El, oyendo ávidamente, se sobresaltó cuando Zamora precisó el desacuerdo principal: se refería a los seis puntos del programa político. No le interesaron por cierto los matices de las diferencias, sino lo que para él seguía siendo el centro de su curiosidad. Preguntó:

-Pero, ¿de dónde habían salido esos seis puntos? Me refiero, tú entiendes, a la propuesta inicial.

-Mira, en realidad yo no lo sé, creo que nadie lo sabe. Son esas cosas que se van gestando poco a poco, sin que nadie pueda reclamar una autoría precisa. Por supuesto, Farrar dice que los escribió en un manuscrito, ahora perdido, mucho antes de esa reunión. El hecho es sin embargo que ese día nadie traía un planteamiento claro, y que el mismo Farrar se contradijo varias veces. A mí me amenazaron porque discrepaba en cuanto a los métodos de lucha y tuve, por fin, que escaparme. Pase casi cinco meses antes de poder llegar hasta la capital y comenzar a preparar las cosas para salir del país. Fue un infierno.

El siguió conversando, invadido de pronto por un extraño desinterés, mientras el dolor por la guerra lejana avivaba nuevas convicciones políticas, sintiendo una vaga aprensión, una imprecisa culpa y un deseo de olvido inesperadamente intenso.

Carlos Sabino

Caracas, 1986